

NEXOS

MAMI DE COLORES

CRISTINA DE SANCHA

A su ritmo

Acompañamiento a niños
de tres a seis años



ÍNDICE

Cambiar la mirada	7
Agradecimientos	10

A SU RITMO

1. Cómo son los niños en la etapa de los tres a los seis años	15
Entre los tres y los cuatro años:	
«Lo hago yo solo»	16
Entre los cuatro y los cinco años: «¿Por qué?»	19
Entre los cinco y los seis años: «¡Mira lo que he hecho!»	22
2. El concepto del tiempo	25
3. La importancia del juego	27
En el parvulario lo único que hacen es jugar	27
Solo piensa en jugar	29
El juego simbólico	29
Mi hijo no guarda los juguetes	32
4. La adquisición del lenguaje	35
La importancia de la conciencia fonológica	36
Mi hija de cuatro años todavía no sabe escribir su nombre	37
El descubrimiento de la relación entre sonido y grafía y el paso a la lectura	38
El papel del adulto	43

5. El grafismo infantil	47
Del garabato al esquema	47
El agarre del lápiz	50
6. La relación familia-escuela	59
7. Cómo puedo acompañarlo	
en el crecimiento	61
Establecer hábitos y rutinas	61
Fomentar la autonomía	63
Gestionar los berrinches	66
Acompañar las emociones	74
8. Lo que preocupa a las familias	81

CAMBIAR LAS PALABRAS

28 maneras de preguntar cómo le ha ido en la escuela	87
30 frases motivadoras que les podemos decir a los niños	91

CRECER JUNTOS Y FORTALECER VÍNCULOS

Bibliografía	99
Notas a partir de la lectura	101

LO QUE PREOCUPA A LAS FAMILIAS

En el capítulo en el que hablé de la relación de la escuela con la familia, ya hemos visto que es primordial que haya respeto y cariño, porque así todos salimos beneficiados de esta tarea tan difícil, pero hermosa, que es educar.

Cuando hago entrevistas, a menudo las familias acaban abriéndose y, en lugar de comentar el informe, cuentan y expresan lo que les preocupa de verdad, que, muchas veces, cambia de inmediato el enfoque de lo que teníamos que comentar.

- «Nos sentimos desbordados. Nuestro hijo se pasa el día gritando, nos provoca, nos replica... Tenemos paciencia, pero se nos acaba.»

Sentirse desbordados ante esta situación u otra similar es normal. Si has llegado hasta aquí, es posible que en el apartado «Acompañar las emociones» hayas encontrado un poco de luz. No es fácil, pero, antes que nada, antes de corregir, conviene conectar con esa personita que nos está pidiendo a gritos «Solo quiero formar parte».

Padres, madres: lo estáis haciendo bien. Seguramente, cuando entendamos el malestar de nuestro hijo, sentiremos que nos quitamos un peso de encima y, más ligeros, podremos acompañarlo con firmeza y amor.

- «Mi hija se frustra enseguida y no acepta mi ayuda.»

Cuando no quieren nuestra ayuda, es posible que nos sintamos rechazados e incluso culpables. Nos está diciendo «¡Te necesito!».

Es importante que nuestro hijo sepa que estamos allí. Procuremos preguntarle lo que necesita. Si no nos lo quiere decir en ese momento, hemos de recordarle que, cuando lo necesite, allí estaremos. Tal vez se lo podríamos proponer nosotros mismos: «Veo que a lo mejor necesitas... ¿un abrazo?».

A menudo, estas frustraciones son inseguridades. Los hemos de tranquilizar y decirles que, si algo no les ha salido bien aún, ya les saldrá bien mañana. También podemos contarles algo que nosotros no sabíamos hacer cuando éramos pequeños como ellos y que después hemos conseguido, ¡para que se den cuenta de que nosotros también hemos sido niños!

- «Me preocupa que mi hijo no hable cuando está con todo el grupo, en la clase, o a veces también nos pasa con la gente por la calle: que no quiere saludar.»

En el aula hay niños que hablan mucho y otros que son más callados, pero no pasa nada. En este caso, hemos de aceptar que tenemos un hijo más parlanchín o más tímido y, tanto si no calla ni bajo el agua como si tiene un carácter más reservado, está bien. Hay niños que primero necesitan observar y después se van soltando. Cuantas más cosas les digamos, peor, porque se cerrarán en banda. Como adultos, hemos de aceptar y respetar los tiempos de estos niños que necesitan pasar más desapercibidos, a los que no les gusta

ser el centro de atención. Forma parte de su carácter, de su manera de ser. Es importante no obligarlos a hablar, a saludar ni a dar besos, si no quieren. Conviene evitar las etiquetas y ofrecer oportunidades de relación, saliendo con otras familias, yendo al parque, etcétera. Tal vez haga falta que los acompañemos, porque eso les brindará la seguridad que necesitan.

Aceptar a nuestro hijo tal cual es lo que le ayudará a adaptarse con naturalidad a las nuevas situaciones.

- «Nuestra hija no nos hace caso. Grita mucho. Nos cuesta gestionar las rabietas y terminamos castigándola.»

Te invito a releer los apartados «Gestionar los berrinches» y «Acompañar las emociones».

Cuando las familias cuentan estos episodios en las entrevistas, trato de dar las pautas que aparecen en estos dos apartados y a menudo acaban agradeciéndolas, porque uno mismo sabe lo que pasa en su propia casa y es un poco lo que nos pasa a todos: el estrés, el cansancio, las obligaciones cotidianas, etcétera. A veces, todo esto nos impide ver con claridad lo que necesita nuestro hijo, que, además, nos lo está pidiendo a gritos a los cuatro vientos.

- «El informe de nuestro hijo está muy bien, pero ¿y las cosas malas?»

¿Por qué buscamos las cosas malas de los demás? Pongámonos las gafas de mirar a nuestro hijo con otros ojos, las gafas de entender sus necesidades y de poder acompañarlas con toda nuestra esencia de amor, seguridad y confianza.

Hay muchas inquietudes y todas las familias tenemos las nuestras: os lo puedo asegurar. Agradezco que las familias se abran y que, juntos, podamos buscar y encontrar soluciones.

Siempre digo que las entrevistas acaban siendo como una sesión de terapia, porque se ha escuchado a la familia, como hemos contado en el capítulo «La relación familia-escuela». Mostrar respeto, escuchar de verdad, mirar a los ojos, no juzgar, etcétera. Al finalizar las entrevistas, los padres suelen decir que se sienten mejor, agradecen haber sido escuchados y que se les diga que lo están haciendo bien. Esto último nos ayuda a vaciar la mochila que tanto nos pesa.

Padres y madres que me estáis leyendo: pedir ayuda no es señal de debilidad, sino todo lo contrario. Es un acto de valentía que os impulsará a buscar soluciones y aportará crecimiento y aprendizaje a toda la familia.

Maestros que me estáis leyendo: seguro que habéis descubierto, como yo, lo hermoso que es echar una mano a las familias, ya que, gracias a este trabajo conjunto, podemos ayudar al niño que tenemos delante.

«Los niños y los adolescentes necesitan madres, padres y maestros enamorados de la vida: es una condición necesaria, si queremos contagiarles las ganas de hacer algo nuevo.»

Eva BACH